

# La hiena

*Fedora*

Mi hermana mayor tenía otro coche, un Subaru 600 repintado a mano que recordaba al collage de un crío de primaria. Para decorar mi carpeta yo había calcado a carboncillo, sobre un papel encerado, las seis estrellas en fuga del logotipo: las Pléyades japonesas. Aquel sedán procedía del cosmos, como tantas otras cosas cotidianas cuyo origen ambas desconocíamos. En opinión de mi hermana el coche la había elegido a ella. Sentada al volante, ofuscaba por los mandos y botones que no dominaba, su idilio mecánico daba la impresión de haber sido un espejismo. Conducía tan airada que prestaba muy poca atención al trazado de la carretera. Media hora antes había llamado a la puerta de mi dormitorio para anunciarme que se lo había comprado a un jubilado venido de Chile –el país como una media dada de sí- con el que en ocasiones coincidía en la cola del supermercado. Acababan siempre hablando de la alimentación macrobiótica, que ya no estaba de moda. No había niños ni perros en el historial del vehículo. Ni siquiera tabaco, así que sus forros y techos carecían de la sagrada impronta de la nicotina.

-No va a ser un estreno -me advirtió enérgica (el coche pasaba sobradamente de la treintena)-, pero me gustaría que me acompañases a dar una vuelta. Si encontramos un antro abierto te invito a tomar algo.

No le respondí y se la trajo al paio.

-Ese cacharro te va a sorprender. Es un poco terco. Tiene algo de mula, sabes... -debía estar pensando en alguien en concreto. Clavó sus ojos grises en mí-. ¿A qué estás esperando para calzarte?

Era su primer acercamiento en mucho tiempo: un verano embaucador, un otoño llorón y un invierno que debutaba martirizándonos con sus temporales. Sumados –veintiséis semanas como fruta podrida- constituían uno de los peores episodios de mi rastrera vida estudiantil. En respuesta yo había renunciado al ajuar de chica, arrojando una parte sustancial de mi ropero. Vestía prendas de faena, tejidos recios, con costuras como cicatrices. La tienda de pesca del centro comercial era mi boutique. Me había

propuesto pasar desapercibida, volverme invisible. La ropa de camuflaje evitaba que las miserables ricas de clase me salpicasen con su almíbar.

-De todos modos no hace falta que te pongas mona –su boca se torció en una mueca que no supe interpretar-. Los garitos de por aquí apestan.

-Creo que no voy a ir...

-Pues yo creo todo lo contrario, señorita. Aligera.

Y fui con ella dispuesta a recibir una lección de cómo desenvolverse en el medio natural de los chicos apegados al tractor y la mugre en las uñas.

La carretera era la misma que recorríamos antaño en nuestras bicicletas para ir a la granja de los Albin. El advenimiento de los coches de segunda mano había relegado la especie de los velocípedos, convirtiéndolos en una escultura de chatarra suspendida de la viga maestra del garaje; las negras cámaras parcheadas colgaban como embutidos puestos a curar y los radios sueltos recordaban a las varillas de un paraguas. Allí al menos no incordiaban durante las maniobras. De la granja quedaba la torre de Pisa del silo y un establo quemado del que había brotado una maleza renovada, volcánica. No había vivienda propiamente dicha, como si los Albin y su prole hubiesen vivido siempre entre vacas. Me pregunté qué habría sido de ellos, de sus ruidosas motos con escape libre y sus cantarinas obscenidades. Nunca supe el número exacto de hermanos, cinco, seis, siete... Su madre arrastraba un embarazo permanente y el padre dos hipotecas que doblaban su lomo de bestia de carga.

Bajo la lluvia, aquel trayecto tenía las hechuras de un riachuelo; el firme carecía de cunetas y el agua se estancaba en una sucesión de alargados espejos. A derecha e izquierda los maizales arrasados por la maquinaria desnudaban la tierra descarnada, todavía en barbecho. Apetecía huir de aquel erial bombardeado. Escapar sin remordimiento alguno.

-Qué asco de lugar –dijo mi hermana-. Da grima, ¿no?

-Tiene su encanto –opiné por llevarle la contraria.

-Ponte bien el cinturón.

Aceleró bruscamente, exigiéndole al coche algo que éste no podía darle. Conducía azuzada por una rabia que el simple mecanismo compuesto por el talón y la planta de su pie derecho transmitía íntegra al motor. Le rogué que dejara de correr. Su respuesta fue encender la radio; no me había escuchado en realidad. Ahora que yo

estaba con ella, pensaba en sus cosas. Tomamos una curva a demasiada velocidad y el coche se bamboleó con un “oh” de hermanas, armonioso y cómico. Como si estuviésemos en una atracción de feria. Le pregunté dónde íbamos y se encogió de hombros.

-Ni idea. Dímelo tú.

-Voy a vomitar.

-¡En mi coche nuevo ni se te ocurra!

Sucesivos cruces nos llevaron al campo que quedaba sobre los acantilados. Excepto el atropellado oleaje –soplaba viento del oeste, el peor en aquella costa- más allá no había nada. Bajé la ventanilla tres dedos; el sonido de la marejada trepidaba en las lascas como toboganes. Me pasé la lengua por los labios saboreando el salitre. Este año no iría a la playa, lo había decidido así. Me quedaría encerrada en mi cuarto, descolorida y mustia, y entre mis nudillos bailarían una chuchilla de afeitador que pondría nerviosos a todos.

-Salazón –dije-. Si nos quedamos aquí acabaremos como arenques.

-¡Súbela! -mi hermana tuvo que levantar la voz-. ¡No quiero morir de frío!

Obedecí, aunque oficialmente ella había dejado de tener influencia sobre mí. También mi madre. Y por qué no mi padre, al que yo adoraba a escondidas porque le consideraba una víctima de las dos arpías. Dentro de ellas –se habían constituido en informal sociedad anónima- el rencor y los reproches fluctuaban según la teoría de los vasos comunicantes.

Los limpiaparabrisas se detuvieron con un chirrido de goma revenida. El tiempo también se detuvo. El diluvio chorreaba sobre nosotras como si el Señor se hubiese enojado. Era enero y habíamos dejado atrás una navidad calamitosa, con un conato de divorcio y unos regalos apresurados, parcos y poco inspirados. El mío lo había devuelto la víspera: un jersey de angorina demasiado delicado para mi gusto; a cambio tenía un vale de compra que caducaba en dos meses. Aún no sabía en qué emplearlo, aunque barajaba reponer mis botas militares. El bazar de artículos de montaña sería mi próximo destino. Incluso pasaría un rato dormitando en la tienda de campaña plantada en mitad del vestíbulo, un subterfugio para distraer a los insoportables niños.

-¿No te gustó el jersey? –mi hermana me leyó el pensamiento, y en ese momento supe que había sido la responsable del regalo.

-Un problema de tallas –dije.

-Perdí horas eligiéndolo. Vistes como un chico. No te arriando la ganancia si te pareces a ellos

-No me interesan los chicos.

-¿Y las chicas? ¿Tienes alguna amiga, digamos, especial?

-Tampoco –pensé que era la comisionada de mis padres, el espía que resolvería mi enigma supuestamente lésbico.

-Podrías vestir directamente un mono de trabajo. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

-Diecisiete –respondí, y ella echó rápidamente sus cuentas:

-Te saco cuatro. Papá y mamá se descuidaron al tenerte, me consta.

-¿Por eso no me quieren?

-Yo no he dicho eso. He dicho que fuiste el fruto de una mala casualidad. Hay una edad en la que esas casualidades se dejan de tener en cuenta. Se desinhibieron más de lo debido y llegaste tú.

-No son tan viejos –objeté.

-Pronto lo serán –se cruzó de brazos porque la calefacción del Subaru había renqueado durante el trayecto y el viento la tenía tomada con nosotras-. Antes de lo que se imaginan.

Cada ráfaga zarandeaba nuestro refugio metálico ignorando lo que sentíamos. Las salpicaduras que llegaban al parabrisas eran salivazos del mismísimo océano. Mientras lloviese no importaba, pero con el tiempo el salitre se quedaría incrustado y se abriría camino hacia el corazón del metal. Tarde o temprano pudriría el coche. Los cacharros de segunda mano comprados en ciudades costeras valían la mitad, según mi hermana. También los de los sitios con nieve, curiosamente por el mismo motivo: la mezquina sal vertida sobre las carreteras que lo devoraba todo.

-Este pobre se ha pasado toda su vida en un garaje, así que no ha hecho muchos kilómetros. No obstante de eso no te puedes fiar –golpeó con el dedo el óvalo del cuenta kilómetros-. No llega a cuarenta mil. Ese tipo del supermercado insistió en que sólo lo utilizaba sábados y domingos y no tengo por qué dudar de su palabra. Por término medio la gente suele ser honesta. El coche obedecía a motivos religiosos.

-¿Cómo un coche fúnebre?

-No te hagas la graciosa. El tipo enviudó pronto y necesitaba esta joya para acercarse al camposanto semanalmente.

-Qué triste –me permití una licencia, y ella respiró hondo porque la muerte le crispaba los nervios. Siguió contemplando la húmeda nada de alrededor.

Estábamos en un tren de lavado y yo me aburría. Empezaba a pensar que no había sido una buena idea acompañar a mi hermana. Hasta anhelé la grisura de mi cuarto, donde los conflictos rebotaban contra los tabiques como pelotas de tenis. Cerré los ojos para, a pesar de los inconvenientes, echar una cabezadita. Entonces me lo dijo. Sus labios se despegaron tras un minuto de silencio y se le cambió la voz:

-Quiero que vengas conmigo siempre.

-¿Contigo? ¿Siempre? –me fingí horrorizada-. Si nos odiamos... Ya sé, es una idea de papá y mamá. Piensan que me he vuelto rara porque no me arreglo. A mamá le horroriza pensar que me gustan las chicas.

-Cada vez que suba en este coche quiero que vengas conmigo –insistió gutural, atragantándose con la gravedad de lo que estaba diciendo.

-¿Para qué?

-No puedo decírtelo.

-Por favor.

-Te lo diré si... -flojeó; ya no podía contenerse.

-Es imposible que vaya contigo a todas horas. Nunca salgo contigo.

-Cuando oigas que busco las llaves porque no sé dónde las he puesto o escuches que lo saco del garaje, grítame y te esperaré. Tendrás que interrumpir lo que estés haciendo.

-Eso es una solemne tontería.

-Puede que lo sea –admitió-, pero debes hacerlo.

Bajé la ventanilla del todo, retando su autoridad. Me asfixiaba; imaginaba el motor sibilinamente en marcha, sus gases volviendo hacia nosotras por resquicios imposibles para matarnos en silencio. Las gaviotas sobrevolaban los riscos del acantilado histéricas, despeñándose desde la altura en picados de clavadista. No me gustó estar allí, al borde de la locura. Una gaviota se posó en la barandilla y aleteó. Grande, exagerada, nada que ver con los patos del parque. Su pico duro y naranja levantaba laminillas del hojaldre formado por la herrumbre. Mi hermana murmuró algo y no la entendí bien. Había cortado por lo sano. No me miraba al hablar, pero la tercera vez que lo dijo me estremecí.

-Aborté.

Yo estudiaba la cutícula de mis uñas. Ella se moría con cada palabra:

-Papá y mamá no lo saben, claro. Tiré a mi hijo al mar metido en una bolsa. Me lo dieron así. Metido en una bolsa. Me empeciné. No quería que lo quemasen con los demás restos en un horno de pan. Y ni siquiera sangré. Mi cuerpo no se había resentido porque soy joven. Fue horrible. No fui al centro médico, como todo el mundo, sino que me ayudaron. La madre bruja de una amiga, con su rollo celta y sus cánticos. ¿Te acuerda de Milagros Acosta? Una de sus hijas iba conmigo a clase. Los Acosta disolutos y drogados. Esa malnacida estaba fumando un cigarrillo de marihuana cuando se puso manos a la obra. ¿He dicho malnacida? –se me quedó mirando-. Qué ironía. Llevaba muchos collares y pulseras de abalorios. A los cincuenta y pico y sin sujetador. En un periquete te lo arranco, hija mía. Eso fue lo que me dijo. Me preguntó por el desgraciado del padre y yo tiré la bolsa al mar, tiré a los dos al mar. Al padre y al hijo. Aquí mismo, a unos pasos de donde estamos. Desde aquel monolito.

Lo señaló, algo blanquecino, obstinado y recto.

-Antes abrí la bolsa, te lo juro. Intenté que aquello respirase, que volviera a vivir, y vomité. Tengo grabado cada instante de lo que me hicieron y lo que hice en la puta cabeza –se golpeó la frente con la palma de la mano-. No estoy muy contenta con lo que hice y por eso quiero matarme.

No supe que decirle; pensé que mentía. Su presencia inmóvil, desmejorada, me asustaba. Su palidez se cubría de ceniza con el chubasco.

-Pero si estás a mi lado no voy a matarme. No tendría valor para arrastrarte conmigo porque tú no tienes la culpa de nada –se giró hacia mí nuevamente. Era ella, sí, pero diez años más vieja-. ¿Has entendido por qué eres importante?

Mi cabeza subió y bajó. Qué otra cosa podía decirle. Me cogió la mano; la suya estaba fría, sin sangre, la mano de un maniquí con las uñas pintadas. Instintivamente la froté entre las mías para que entrase en calor. Me quería, me dijo. Y hubiera querido a su hijo un montón de no ser por...

Sollozó. Me preguntó si al igual que a ella papá me había enseñado a conducir a escondidas y cuando negué con la cabeza, asumió que tenía que llevarme de vuelta a casa.

-Iremos despacio. Muy despacio.

-Te quiero –le dije en el momento en que iba a girar la llave en el contacto.

-¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme?

El motor del Subaru volvió a la vida acelerado con rabia y mis cuerdas vocales dejaron de vibrar.

-Esperaba algo más de ti, hermanita.

Miró por encima del respaldo para salir marcha atrás. Trazamos una amplia curva sobre la hierba inundada como un arrozal y por fin nos alejamos del brusco acantilado y sus escuadrillas de gaviotas.

De vuelta a casa las luces de las viviendas que dejábamos atrás comenzaban a encenderse: hogares impolutos y comedidos, castigados por la escabrosa crisis, donde la gente gastaba su tiempo con dignidad. Pasamos el último bache y las farolas de la avenida nos atraparon como a polillas de la luz.

-No le digas nada a papá y mamá –me rogó tras aparcar-. Nunca lo entenderían – bajó la mirada hacia sus muslos, los separó y palpó el asiento en el hueco que dejaban-. A veces sueño que estoy llena de sangre. Alguien tiene que perdonarme... –volvió a mirarme en busca de ayuda, pero no le di la oportunidad: salí del coche a toda prisa porque el chaparrón arreciaba y entré en casa.

Escaleras arriba escuché a mi madre llamándome. Querían saber cómo me había ido en mi escapada con mi hermana, ella la responsable y yo la cabeza loca que dormía con una navaja automática bajo la almohada.

-Está muy poco comunicativa últimamente –le dijo a mi padre, al que imaginé a su lado con el suplemento salmón de economía desplegado sobre las piernas y el televisor encendido, ambos bañados por la luz catódica de la pantalla, criaturas abisales encerradas en sus profundidades.

-¿Qué?

-¿Me estás escuchando? Te decía que es estupendo que vuelvan a salir juntas. Eso le vendrá muy bien a tu hija pequeña, ¿no crees?

Y él, absorto en su sudoku camuflado entre estadísticas y cotizaciones inalcanzables –el boceto de un proyecto de vida que no había sabido construir-, respondió con un sí que llegó moribundo a mis oídos. Era su modo de cuadricular y resolver esa otra vida, deslavazada e ingenua, que constituía su día a día.

Cerré la puerta de mi dormitorio. Me lo había jurado a mí misma, nunca me verían llorar. Sellé los resquicios con lacre, grasa de ballena, carmín reblandecido sobre el radiador y bragas prensadas. Con papel de baño empapado en saliva. Lo sellé con el

pensamiento y el miedo. Había cogido frío, me sentía con fiebre. Antes de meterme en la cama sin cenar fui a bajar la persiana y vi algo agitarse fuera. Una efigie en movimiento. No podía ser... Una gaviota nos había seguido hasta allí sobrevolando la devastación de los maizales y los campos inundados. Posada sobre una cerca aleteó bajo la luz de una farola. Abrí la ventana para que se fuera aquel buitре caracterizado de paloma. Le lancé una de mis botas. Luego la otra. Finalmente ignoró mis aspavientos y, antes de que me pusiese a gritar, voló desdeñosa hasta los cubos de basura del vecino, plegó sus alas para siempre y se convirtió en hiena.